
PREFACIO.

NA Historia de México, que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable á que me hallaba condenado; para servir á mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen, y para reponer en su esplendor á la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gastos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores, y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que ya habia leído durante mi mansion en México y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podría añadir, para acreditar mi celo, los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana y el trato que he tenido con los mismos mexicanos, cuya historia escribo. No me lisonjeo, sin embargo, de haber hecho una obra perfecta; pues además de hallarme destituido de las dotes de ingenio, juicio y elocuencia que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son obstáculos insuperables para el que se dedique á semejante trabajo, sobre todo, léjos de aquellos países. Sin embargo, yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la belleza de las descripciones, por la gravedad de las sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos; sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narracion, por la naturalidad del estilo, y por el servicio que hago á los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunido en esta obra lo más precioso que se halla esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por fin principal de mi trabajo, escribí desde luego mi Historia en español: inducido despues por

algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traducción; así que, si algunos sugetos tuvieron la bondad de crearme digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme.

Inducido también por algunos amigos, escribí el ensayo de Historia natural de México, que se lee en el Libro Primero, aunque yo no lo creía necesario, y quizás habrá muchas personas que lo juzguen importuno; mas para no alejarme de mi propósito, traté de referir á la historia antigua todo lo que digo sobre las producciones de la naturaleza, indicando el uso que de ellas hacían los antiguos mexicanos. Por el contrario, los aficionados al estudio de la naturaleza, dirán que este ensayo es demasiado breve y superficial, y no se engañarán en ello; mas para satisfacer su curiosidad, sería necesario escribir una obra harto diversa de la que yo he emprendido. Yo al cabo me hubiera ahorrado gran fatiga, á no haber querido complacer á aquellos amigos, porque para lo poco que he dicho sobre la historia natural, he debido consultar las obras de Plinio, de Dioscorides, de Laet, de Hernandez, de Ulloa, de Buffon, de Bomare y de otros naturalistas; no bastándome lo que yo mismo había visto, ni lo que he sabido por informes de hombres inteligentes y prácticos en aquellos países.

En nada he tenido más empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizás mi Historia sería mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero, hubiera sido aplicada á hermosear mi narración con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas y con hechos creados por mi imaginación, como veo que hacen muchos escritores de nuestro ponderado siglo; pero enemigo declarado de todo engaño, mentira y afectación, siempre he creído que la verdad nunca es más hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez. Al referir los sucesos de la conquista de los españoles, me he alejado igualmente del panegírico de Solís y de las invectivas de Las Casas; pues ni quiero adular, ni calumniar á mis compatriotas.* Cuento los hechos con la certeza ó verosimilitud con que los encuentro; si no puedo averiguar lo cierto, por la diversidad de opiniones de los escritores, como me sucede con respecto á la muerte de Moteuczoma, expongo sinceramente sus diversos sentimientos, sin omitir las conjeturas que dicta la sana razón. En fin, siempre he tenido á la vista aquellas dos santas leyes de la Historia, á saber: no atreverse á decir lo falso, ni tener miedo á decir lo verdadero; y creo que no las he infringido.

Habrán sin duda lectores delicados que no puedan soportar la dureza de los nombres mexicanos sembrados en el curso de mi Historia; pero este es un mal que no hubiera podido evitar sin exponerme á incurrir en otro defecto más intolerable, y harto comun en casi todos los europeos que han escrito sobre América, á saber: el de alterar de tal modo los nombres para suavizarlos, que no es posible conocerlos. ¿Quién será capaz de adivinar que Solís habla de *Quauhnanac* cuando dice *Quatablaca*, de *Huexotlipan*, cuando dice *Gualipar*, y de *Cuicuilalpíto*, cuando dice *Pilpatoe*? Por esto me ha parecido más seguro imitar el ejemplo de muchos escritores modernos, que cuando citan en sus obras los nombres de personas, pueblos, ríos, etc., de otra nación de Europa, los escriben del mismo modo que los nacionales los usan; y sin embargo, nombres hay en las

* No quiero decir que Solís sea un adulator, ni Las Casas un calumniador; sino que en mi pluma sería calumnia ó adulación lo que aquellos autores escribieron, el uno por el deseo de engrandecer á su héroe, y el otro por celo en favor de los indios.

lenguas iliria y alemana, mucho más duros á los oídos de los habitantes del Mediodía, por el mayor concurso de consonantes fuertes, que todas las voces mexicanas que yo he citado.

Por lo que hace á la geografía de Anáhuac, he puesto todo mi empeño en adoptar la mayor exactitud posible, valiéndome de la noticia que yo mismo tomé de aquellas regiones, en los muchos viajes que por ellas hice, y de los datos y escritos ajenos; mas con todo, no la he logrado completamente, pues en despecho de mis activas diligencias no he podido haber á las manos las escasas observaciones astronómicas hechas en los sitios mismos. Por tanto, la posición y la distancia que indico, tanto en el cuerpo de la obra como en el mapa geográfico, no deben creerse tan exactas como la ciencia lo exige, sino como un cálculo hecho por un viajero diestro que juzga por lo que ven sus ojos. He tenido en mis manos innumerables mapas geográficos de México, tanto antiguos como modernos, y me hubiera sido fácil copiar uno de ellos, con algunas leves alteraciones, para arreglarlo á la geografía antigua; pero entre todos no he hallado uno solo que no esté lleno de errores, tanto con respecto á la latitud y longitud de los pueblos, como por lo que hace á la división de las provincias, el curso de los ríos y la dirección de las costas. Para conocer el caso que merecen los mapas publicados hasta ahora, basta notar la diferencia que ofrecen en la longitud de la Capital, aunque debiera ser más conocida que las de todas las otras ciudades de México. Esta diferencia no es ménos de grados, pues según unos, está á los 264° según el meridiano de la isla de Hierro; según otros, á los 265, á los 266, y así hasta los 278, y quizás más aún.

No ménos por adorno de mi obra que para facilitar la inteligencia de muchas cosas que en ella se describen, he hecho grabar hasta veinte estampas.* Los caracteres mexicanos y las figuras de ciudades, reyes, armaduras, trages y escudos, las del siglo, año y mes, y la del diluvio, se han tomado de varias pinturas mexicanas. La del templo mayor se ha hecho por la del conquistador anónimo, corrigiendo sus medidas y añadiendo lo demás según la descripción de los autores antiguos. El dibujo del otro templo es copia del que publicó Valadés, en su retórica cristiana. Las figuras de flores y animales son, por la mayor parte, copia de las de Hernandez. El retrato de Moteuczoma es el que publicó Gemelli, y sacó del original que tenía Sigüenza. Todas las otras figuras se han trazado según lo que yo he visto y lo que cuentan los historiadores antiguos.

Además, me ha parecido conveniente dar una breve noticia de los escritores de la Historia antigua de México, tanto para hacer ver los fundamentos de mi trabajo, cuanto para honrar la memoria de algunos ilustres americanos cuyos escritos son desconocidos en Europa. Servirá también para indicar las fuentes de la historia mexicana á los que quieran perfeccionar este mi imperfecto trabajo.

* A esta edición se han añadido cinco estampas más de las que el autor mandó grabar en Bolonia.